

trabajo de una edición crítica de una de sus obras; por eso este intento merece nuestro más cálido aplauso. La edición está precedida de un amplio estudio que sitúa la ya famosa (y escandalosa) novela de 1885 y destaca su problemática. Gnutzmann describe el país en el que apareció la novela, recoge los materiales conocidos sobre la vida de Cambaceres (acerca de cuya existencia tanto queda por estudiar y revisar), muestra cuáles fueron las relaciones del escritor con los otros integrantes de la llamada generación del 80, y esboza una «Introducción» al naturalismo. La segunda parte del prólogo está dedicada exclusivamente a la novela misma: temática, estructura, personajes, narrador y punto de vista, lenguaje y estilo, y cuatro densas páginas se dedican al naturalismo y la modernidad de *Sin Rumbo*. Finalmente, la catedrática de Bilbao presenta su edición y remata esta parte con una bibliografía.

El estudio preliminar de Gnutzmann posee cualidades muy particulares. Por una parte sintetiza y analiza con ecuanimidad, la crítica anterior a su edición. En ese sentido su estudio es una «puesta al día» bastante bien informada de los estudios previos (aunque faltan en su bibliografía numerosos trabajos —algunos importantes: Angell, Coddou, Catalá, Cromberg, Cymerman, Franciulli, Lichtblau, Pollman, Ramírez, etc.— remito a la extensa lista de artículos y libros mencionados por Cymerman en su reciente volumen, *Diez Estudios Cambacerianos* (1994). Por otra, el prólogo está cargado de una muy específica calidad polémica que debe ser elogiada, porque mientras la estudiosa hace una suma de observaciones —casi siempre acertadas— sobre multitud de asuntos que deberán ser reestudiados con la documentación a mano, discute constantemente todo lo que se ha escrito en torno a esta novela y a la obra cambaceriana. Aquí es bueno señalar que la crítica tiene razón al reexaminar —desde perspectivas distintas y a veces renovadoras— muchos aspectos de la obra de este escritor polémico y tan distinto a la mayoría de los autores de su época. Y, en muchos casos, con un valor elogiado, objeta las ideas recibidas y repetidas con respecto a numerosas facetas de su obra y de las ideas que condicionaron esa obra. Por ejemplo, pone en duda la tan mentada veta naturalista del escritor y reclama un reexamen de su ideología y de la forma en que dicha

ideología se expresa en la novela. De cualquier manera, hay en el prólogo observaciones críticas que merecen recordarse. La primera es la que debe rechazarse la creencia —tan común— sobre la homogeneidad de la generación del 80. Es evidente que tanto Wilde como el mismo Cambaceres mostraron un absoluto rechazo —o por lo menos una marcada desconfianza— frente a los posibles aspectos positivos del «progreso» (14); tiene razón Gnutzmann cuando duda de las fechas aceptadas de la biografía del novelista, cosa que la experiencia de los últimos treinta años ha demostrado (11 y 13); lo mismo —y aquí coincidimos otra vez con esta excelente crítica— merecería un largo y detallado estudio ver cómo, qué y cuándo acepta Cambaceres las ideas, los modelos y la retórica naturalistas, y cuáles rechaza (18-20 y otros lugares, en los que propone nuevas investigaciones sobre el asunto, tan poco analizado a fondo).

Todos estos aciertos y otros muchos que hacen de la Introducción un buen instrumento crítico, no nos impiden, sin embargo, considerar muy discutible una afirmación como ésta: «habrá que reconocer en Andrés un precursor del hombre atormentado arltiano» (26 y 32, referido al lenguaje), que apunta a establecer una relación difícilmente probable. Las diferencias de época, personalidad, nivel social, actitud ante el mundo, hacen aventurada la identificación de dos autores absolutamente heterogéneos y hasta opuestos.

El otro aspecto que debe destacarse es el del texto elegido. La editora indica al final de su estudio: «Esta edición toma como base la última publicada en vida del autor por la editorial Félix Lajouane. Y aquí comienza el problema: ¿se trata de la tercera o de la cuarta edición de la novela por parte de la misma editorial? He podido encontrar la primera, segunda y cuarta edición, pero ha sido imposible hallar la tercera...», (38). La edición se ajusta —siempre según la editora— a la cuarta de 1885, la última aparecida en vida del autor, y la crítica promete que editará en una revista especializada un examen textual de las diferencias entre las mismas. El texto lleva unas pocas notas explicativas que aclaran solamente aquellos términos que difieren del español peninsular.

Tal vez razones editoriales (el volumen habría alcanzado un número dilatado de páginas) ha llevado a pos-

tergar las notas textuales, que habrían permitido ver cuál fueron las correcciones y cambios que el autor hizo en las diferentes ediciones (si es que esto ocurrió, cosa sobre la cual lo ignoro todo...). Pero una edición crítica —como esta se autodenomina— debe poner ante el lector los materiales que justifican y explican los cambios entre las ediciones anteriores y que permiten ver cómo se ha llegado al texto publicado. De cualquier manera, esta versión de *Sin Rumbo* da un paso adelante en un campo en el cual resta mucho por hacer. Y por ello merece nuestros elogios más sinceros.

Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina. Desde 1801 hasta 1854, Paul Verdevoye, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994, 541 págs.

Esta es la tesis de grado de su autor, catedrático de la Sorbona y conocido investigador y crítico tanto de la literatura hispanoamericana como de aspectos de la lexicología y la narrativa continental (recordemos sus estudios sobre la novela hispanoamericana, su *Diccionario Francés-Español*, y su *Diccionario del Español Argentino*, entre otras obras escritas en colaboración). Se trata de una muy valiosa suma de textos costumbristas colectados en la prensa argentina del período señalado, a los cuales su autor ha ordenado y prologado con numerosas observaciones valiosísimas que hacen de este grueso volumen un inestimable venero para investigaciones futuras.

La obra se abre con una eficaz y medida definición de qué ha sido el *costumbrismo* y sus direcciones y épocas. El autor ha leído todo, tanto lo aparecido en España (desde Mesonero Romanos hasta Montesinos, Correa Calderón, etc. etc.), como lo escrito en América sobre este asunto vasto y complejo. En numerosos pasajes de la obra se dan pasos sustanciales en la iluminación de temas siempre importantes: estudio de la influencia y presencia de Larra en el Río de la Plata, págs. 13-18, otros costumbristas anteriores, y hasta llegar a demostrar la existencia de un autor que durante el período 1834-37 publicó abundantemente en Chile y Argentina utilizando el pseudónimo Fígaro, que nada tenía que ver con el autor español, págs. 20 y ssgs. Además de la

presencia española, Verdevoye señala la influencia de los ingleses Addison y Steele (estudiados ya en 1983 por G. Marín, en *Orígenes del costumbrismo ético-social*). Para que se tenga una idea de la multitud de cosas nuevas que trae este libro, baste indicar que el autor prueba que la oposición *civilización/barbarie*, que Sarmiento hará famosa en el *Facundo* de 1845, ya es una constante de la prensa de los años 1820..., págs. 458-460. Y lo mismo con el feminismo, la insistencia en tratar una temática nacional, la crítica a costumbres hispánicas como el toreo, la aceptación y empleo de las ideas galicadas, el lenguaje rioplatense y sus características más destacadas, el rechazo de la intolerancia religiosa, etc.

Lo más valioso de este libro lleno de informaciones utilísimas para quienes se interesen en las costumbres, valores, tendencias, ideologías e influencias que sufrió el Río de la Plata en la primera mitad del siglo XIX, es que el estudioso francés ha ordenado una enorme suma de textos periodísticos por temas, lo que será ayuda inestimable para investigadores futuros. Así se incluyen y ordenan textos sobre: Curiosidad por las costumbres extranjeras, Función y utilidad de los periódicos, Educación, Libertad, moral y civismo, Teatro y educación, Caracteres (uno de los más interesantes y entretenidos), Revista social argentina (crítica a los habitantes, fiestas, modas, costumbres de la época), Religión y sociedad, Condición de la mujer.

Imposible aquí detenerse en ninguno de estos extensos apartados (el de lo social abarca más de 150 páginas), pero señalemos que este rico y erudito volumen será en el futuro uno de los pocos estudios detenidos del costumbrismo en una zona de la América Hispánica.

Debe señalarse además, como muestra de la mesurada mirada crítica de su autor, que Verdevoye, en contra de cierta superficial condena de todo lo español y una exagerada valoración de toda actitud antitradicional como solamente americanista, pone las cosas en su lugar e indica que muchas de estas críticas a las costumbres repetían observaciones hechas por escritores peninsulares: «En muchos casos... no es posible distinguir si el autor de tal o cual artículo es americano o español... algunos asuntos tratados en la prensa argentina... ya fueron expuestos por ensayistas peninsulares del siglo XVIII», p. 455.

Los que hemos realizado investigaciones en periódicos hispanoamericanos de la época indicada, conocemos muy bien las enormes dificultades e incomodidades que implica atreverse a hacer un estudio sistemático de cientos de estos olvidados testimonios (muchos ya casi en estado de completa destrucción, como indica el estudio), así como las restricciones horarias, físicas y hasta de censura, que impiden su consulta en muchas partes... Por todo ello es elogiable esta obra llena de datos e iluminada cada tanto con el encuentro erudito de textos y documentos que amplían nuestros conocimientos sobre áreas todavía desconocidas de ese enorme campo de estudios que es Hispanoamérica.

Rodolfo A. Borello

Sucesos argentinos. Vicente Battista. Planeta. Buenos Aires, 1995, 237 páginas.

De tanto caminar, desde sus albores, sobre el filo que separa (que une) la ficción y la historia, la narrativa argentina ha creado casi un subgénero: el de la novela híbrida, extenso acopio de materiales donde es muy difícil (cuando no inútil) distinguir los hechos reales de los supuestos. Allí están *Santa Evita*, y antes *La ciudad ausente*, y antes Rivera, Orgambide, Costantini, Viñas, para, retrocediendo, llegar hasta *Facundo* y *El matadero*.

Ahora, esa rica y variada tradición da «otra vuelta de tuerca» con este ejercicio, en los límites del falso político, de Vicente Battista. Y la alusión al relato de Henry James no es gratuita: como en él, en esta novela no sabemos al final qué realidad se nos ha contado, en qué infierno estuvimos inmersos, cuáles fueron sus bordes. Pero nos queda una gran certeza: la de haber vivido, palpado, gustado, la hechura de una poderosa narración.

Un argentino que desde hace muchos años vive en España, y que se dedica a la intermediación en negocios oscuros, es contratado por una empresa ibérica para una misión en nuestro país, en pleno período de la dictadura militar. Debe obtener para los españoles el

contrato de construcción de las célebres autopistas que se impusieron en la época.

Su retorno a la Argentina le permite observar y vivir la violencia de entonces, la persecución, el miedo, los sueños y los delirios revolucionarios, los desmanes represivos, la capa de plomo que pesa por esos años sobre nuestra sociedad. Él, sin indiferencia aunque sin titubeos, prosigue consecuentemente su tarea: teje y desteje alianzas con grupos empresariales y militares, afina proyectos, consulta a sus mandantes y a sus socios locales. Éstos saben que el protagonista en cuestión se envuelve en un romance con una muchacha muy comprometida con la guerrilla, pero dejan hacer. A la postre, será una carta más que manejarán cuando llegue el momento de efectuar las verdaderas cuentas.

El «delegado» se tienta pero no se complica: cuando algunos de sus próximos caen asesinados, advierte que la cautela es necesaria, que está en una selva de monstruos y que, si su lucidez no lo rescata, difícilmente escapará de esta trampa. Sin embargo, la trama concluye de modos inesperados para una lectura previsible y corriente.

La intriga de *S. A.* (como por casualidad, las siglas del título coinciden con las de un código de comercio) se construye sobre un fondo de espanto, y los avatares del cínico protagonista (a quien ya habíamos descubierto en la novela anterior de Battista: *Siroco*) parecen encajar plenamente en la atmósfera de heladas transacciones hechas en medio de las atrocidades.

La prosa no es menos seca y cortante que un bisturí, y la escritura organiza, sin caídas ni languideces, esta historia de los 70 cuya perfecta ubicación cronológica y argentina no la priva de aludir en nuestra conciencia a dimensiones témporo-espaciales mucho más vastas.

Este «delegado» que no tiene voluntad propia ni nombre propio, este anónimo representante de intereses no menos anónimos, fríos y despiadados, es una suerte de héroe postmoderno, sin programa, sin escrúpulos, sin ilusiones. Cuando al cabo se va, lo hace como había venido: casi sin saber para qué.

Pero, justamente, la maestría del relato reside allí: «un personaje que finge vivir» (como quería Macedonio Fernández) cumple impecablemente su papel, y no es más